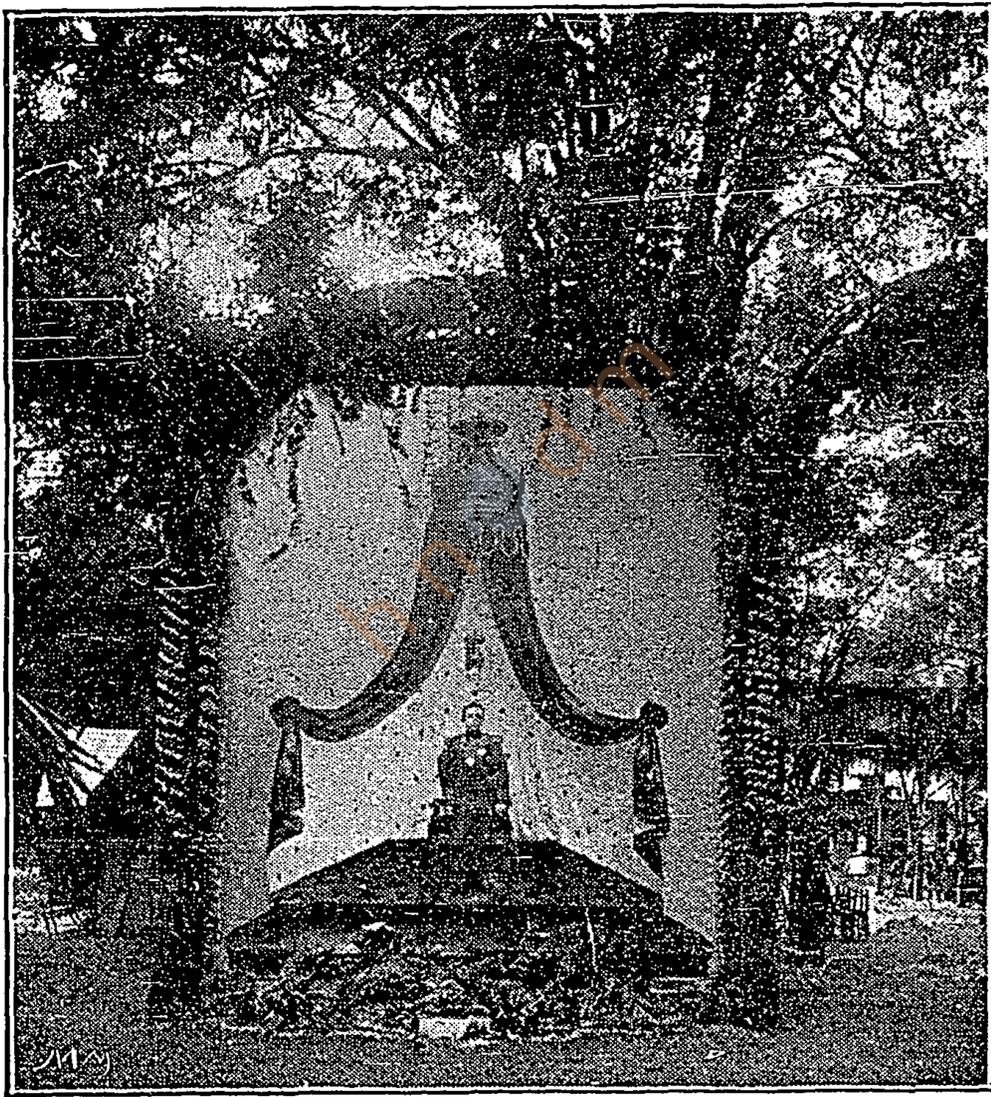


boritos y cumbiambas de los negros de Panamá, de los toumblacks de los negros de la Guadalupe y de las ingénitas y extraordinarias coreografías de los negros de todas partes. La cosa, que ya triunfa en Londres, pasó á París, y he ahí lo que hoy se baila en teatros y salones del país del minué, de las gavotas de tacones rojos, de las danzas Regencia, de la gentil, sutil y nobilísima pavana. Preferibles cien veces los vie-

jos cancanes del alegre Mabilie, los saltos y contorsiones rítmicamente canallas que despertaron las músicas de Offenbach; preferible cien veces la resurrección de Chocard, Frisette, Clodoche y Brididi, cuyos nombres suenan entre las cuerdas de la lira funambulesca de Teodoro de Banville. Preferible todo á este zangoloteo que evoca borracheras del Bowery, ó una fiesta de criados de la Quinta Avenida, en libertad.



La fiesta de Covadonga.—Detalle de la entrada Principal.

No sé si la cosa llegó ya á la América hispana, y si por ser yanqui se ha impuesto, como se impuso el boston, como se impuso el washington-post, como se impuso la polka militar y otras invenciones de la patria del cocktail. De todas maneras, ya lo veréis bailar, si no lo habéis visto, y me daréis la razón. En algunos periódicos parisienses encontraréis, entre muchas protestas, algunos entusiasmos de encomienda, pues ya casi ni en el snobismo existe. “¡Oh, las bellas cadencias femeninas, oh las bellas piernas y los flexibles brazos co-

lor de rosa, oh patatí, oh patatá!” Todo eso es cake-walk en dulce lírico. Eso viene del bar, ó ha llegado en la cartera de un yanqui, como todas las nuevas importadas. Claro que una mujer hermosa que baila, es admirable siempre, baile tango, gigue, bámbula ó tarantela. Es la música de su cuerpo la que se admira, la que seduce. En el cake-walk legítimo, el caballero ha de ser un negro, nadie puede bailar el cake-walk como un negro, y el admirador del cake-walk tiene, si es lógico, sobre todo, que admirar al negro,